

# El Capitán Martín de Estete y Doña María de Escobar "La Romana", fundadores de la Villa de Trujillo del Perú

Por JUAN BROMLEY

*La expedición de Pedrarias Dávila al Darién y la llegada a Indias de Martín de Estete y Doña María de Escobar.*

Era uno de los postreros días del mes de Junio del año de 1514, en la villa de Santa María la Antigua del Darién de la Castilla del Oro, fundada bajo la advocación de la milagrosa Virgen sevillana por Vasco Núñez de Balboa sobre las ubérrimas tierras del Cacique Cemaco.

Ante el asombro y la curiosidad de la rústica pero bien organizada colonia aparecieron, gráciles y ligeras, hacia el horizonte, hasta veintidós embarcaciones, entre naos y carabelas, en cuyas cofas y topes de los trinquetes ondeaban al cálido viento marino los gallardetes, rojos o blancos, de los Reyes de España. Era la poderosa flota, partida hacia ocho meses de San Lúcar de Barrameda, que comandaba el nuevo Capitán General y Gobernador de Tierra Firme Don Pedro Arias Dávila y estaba compuesta por dos mil castellanos, la más lucida gente, dice el historiador Oviedo, que hubiera salido de España para las lejanas y fabulosas Indias.

Pedro Arias Dávila, descendiente de poderosa familia judía convertida al catolicismo, era un arrogante y gentil caballero natural de la toreada ciudad de Segovia, paje en su mocedad del Rey Don Juan II, que había militado contra los moros y los portugueses y tenido brillante actuación en las guerras de Italia. Por su gallardía y pericia en los torneos recibió el sobrenombre de *El Galán* o *El Justador*. Diósele por muerto en cierta ocasión y mientras se le velaba en el Monasterio de las Monjas de la Cruz en Torrejón de Velasco, repentinamente irguióse, ante la confusión y el pavor de los llorosos deudos y los graves circunstancias. Desde aquel día y hasta que realmente murió, Pedrarias, con el mote ya de *El Enterrado*, guardaba en su aposento un ataúd, para que le recordase la merced que Dios le había hecho, y cada año, en el aniversario del extraño suceso, mandaba abrir una sepultura y puesto en ella hacía que le rezasen el oficio de difuntos.

A su llegada a Santa María del Darién Pedrarias Dávila contaba algo más de sesenta años de edad. Varón esbelto, de alta estatura, anchas y recias espaldas, barbas negras para algunos de sus biógrafos o blancas

y luengas para otros, de severo y atlético porte, conservaba, pese a sus dilatados años y romancesca existencia, muchas de las gallardías de su juventud y la energía vital con que desafió durante más de tres lustros las fatigas de la guerra, las enconadas luchas de predominio y las mortíferas inclemencias del trópico. Cruel e inhumano, astuto y artero, sembró la desolación y la muerte en el Darién, en Panamá y en Nicaragua. Hizo degollar a su esforzado teniente Francisco Hernández de Córdoba y a su yerno Vasco Núñez de Balboa, el glorioso descubridor de la Mar del Sur. Asoló el territorio de sus gobernaciones, robó el oro y las perlas de los aborígenes, quemó indios o los hizo devorar por sus adiestrados perros de guerra. *Furor Domine* —Furor de Dios— le nomina la encendida elocuencia del Padre Bartolomé de las Casas.

Con la expedición de Pedrarias, rica y lujosamente ataviada, llegaban soldados veteranos de Rávena, hidalgos de las distintas regiones de España, privados y funcionarios conspicuos de la corte y, con tan extraordinario séquito, oscuros aventureros que luego, como capitanes descubridores y conquistadores, adquirirían resonantes gloria y nombradía. Fray Juan de Quevedo, de la Orden Franciscana, predicador de la Real Capilla, primer Obispo de Tierra Firme; Hernando de Soto, futuro y romántico descubridor de la Florida; Sebastián de Belarcázar, conquistador de Quito y fundador de ciudades; Pascual de Andagoya, que entrevió, el primero, las áureas lindes del Perú; Diego de Almagro, copartícipe de Pizarro en el más brillante descubrimiento de Indias; el Padre Hernando de Luque, socio de los sojuzgadores del Imperio Incaico; Gonzalo Fernández de Oviedo y Bernal Díaz del Castillo, próximos e ilustres historiadores de la conquista; el fatídico Licenciado Gaspar de Espinosa, encubierto capitalista de las expediciones al Perú.

Acompañaba también a Pedrarias su hermosa y esforzada mujer Doña María de Bobadilla y Peñaloza. Era esta noble señora sobrina de la Marquesa de Moya, o sea de la amiga íntima de la infancia de la Reina Isabel la Católica, cuyos ojos cerró en su lecho de muerte, que había casado con Andrés de Cabrera, eminente converso, intendente del tesoro real, que hizo entregar a los Reyes Católicos el Alcázar de Segovia y las riquezas que en él dejó el Rey Don Enrique, en tiempos de las guerras entre Castilla y Portugal. Doña María de Bobadilla y Peñaloza llevó a Pedrarias en calidad de dote un millón de maravedises y la influencia que por su estirpe gozaba ante el Obispo de Burgos Don Juan Rodríguez de Fonseca, omnipotente y siempre equivocado señor de los destinos, los títulos y las prebendas de las Indias Occidentales.

El séquito personal de Doña María, como correspondía a su preclara alcurnia y al fausto característico de la expedición, lo formaba toda una corte de jóvenes y bellas damas españolas, galanamente ataviadas con sedas, oros y brocados. Sobresalía entre ellas, por su hermosa y gentil mocedad, Doña *María de Escobar*, esposa de *Martín de Estete*, favorito

de Pedrarias, hidalgo natural de Santo Domingo de la Calzada en la Diócesis de Calahorra, que, a poco, sucedió a Fernández de Oviedo en el cargo de veedor de fundiciones.

En Santa María la Antigua del Darién, a la llegada de la expedición, era ya Teniente de Balboa un veterano y taciturno soldado llamado Francisco Pizarro que con Alonso de Ojeda había incursionado en las costas y los ríos de la Nueva Andalucía o Venezuela y se había hallado como protagonista principal en el descubrimiento de la Mar del Sur.

### *Martín de Estete, precursor del Canal de Panamá.*

Grande fué el desencanto de Pedrarias y sus soldados, cautivados con el espejismo de las fáciles riquezas de Castilla del Oro, cuando a luego las plagas consumieron los sembrados de la colonia y las fiebres del trópico y las flechas enherboladas de los indios llevaron hasta ellos el hambre y la muerte.

Fué entonces que se hizo necesario descongestionar en lo posible la villa de Santa María. Sucesivas expediciones marcharon en busca de nuevas tierras y del oro que debía hallarse en remotas ciudades de leyenda. De todas esas expediciones trajeron los tenientes de Pedrarias rico botín de oro y perlas, arrancado a los indios por el engaño y la violencia. En ellas se cometieron las más grandes y atroces iniquidades de la conquista española. Muchos caciques, obstinados y estoicos, fueron arrojados al fuego. Millares de indígenas perecieron bajo la lanza de los hombres blancos o en las fauces famélicas de los perros de presa. Los prisioneros, sujetos por largas cuerdas y colleras, eran decapitados al mostrar signos de cansancio, para no dificultar la marcha devastadora. Centenares de istmeños, cazados como fieras y herrados precautoriamente, fueron vendidos en pública almoneda en los mercados humanos de Santa María, de Cuba y de la Isla Española.

Martín de Estete, el hidalgo marido de Doña María de Escobar, adquirió a poco de su llegada al Darién estrecha amistad e influencia con el Gobernador Pedrarias Dávila. Como Veedor de fundiciones, cargo de confianza y de provecho, tocóle fundir, marcar y quintar, en áureas barras, el oro arrancado a los vencidos caciques del Istmo. Ajusticiado Balboa, quedó como depositario de sus bienes, apreciable parte de los cuales fueron repartidos entre Doña María de Bobadilla y sus damas de compañía. Despoblada por Pedrarias la villa de Santa María, permaneció Estete de gobernador de la región, de donde fué a pacificar las comarcas de Abrayme y Saramura, que acababan de rebelarse contra el turbulento Bachiller Diego del Corral, el mismo que movió al descubridor de la Mar del Sur a pedir al Rey de España que no enviara a Tierra Firme ningún bachiller en leyes ni otro ninguno, si no fuera de medicina, porque semejantes personas, "viviendo como diablos", sólo solían hacer pleitos, discordias y maldades.

El año 1523 el audaz y afortunado explorador Gil González Dávila realiza el sensacional descubrimiento del Lago Nicaragua. Concibe entonces, y los pilotos que lo acompañan se lo afirman, que el gran lago debía de tener salida hacia las márgenes del Mar del Norte u Océano Atlántico, en cuyo caso podía establecerse una comunicación acuática entre los dos océanos que evitaría el largo y penoso paso por los espesos cañaverales y manglares de las insalubres montañas del Istmo. El ambicioso Pedrarias se propone hacer realidad la empresa entrevista. Prepara por su parte una expedición que sale al mando de Hernández de Córdoba y lleva como principales capitanes a Ruy Díaz, Hernando de Soto, Juan Tello de Guzmán y Gabriel de Rojas, todos, después, actores de primera línea en la conquista del Imperio de los Incas. Llegados al Lago Nicaragua, se aprestan a descubrir el desaguadero que comunicaría con el Atlántico. Construyen un bergantín con el propósito de encontrar el punto de la comunicación que llamaron *El Estrecho Dudoso*, y Ruy Díaz halla el río que, ciertamente, era el desaguadero del lago, pero no puede pasar del primer salto o raudal. Va enseguida Hernando de Soto sin conseguir tampoco el objetivo propuesto. Parte finalmente Sebastián de Belarcázar, quien a su vez sólo logra llegar hasta la vecindad del raudal llamado del Toro.

Mas donde fracasaron hombres de tan acerado temple, Martín de Estete tuvo feliz éxito y predestinación singular. Por mandato de Pedrarias emprendió la obstinada empresa. Navegó hasta Voto, punto extremo que alcanzaron sus antecesores, y, dejando allí una guarnición, continuó por tierra a la margen derecha del río *San Juan* hasta llegar a la provincia de Suerre, en las llanuras que hoy se conocen con el nombre del Tortuguero, en las vertientes del Atlántico. Allí los indios le presentaron enérgica resistencia, logrando escapar de los trampales y ciénagas en que había caído gracias al desesperado valor del Capitán Gabriel de Rojas y a la pericia náutica del piloto Pedro Corso. Durante esa azarosa expedición los españoles fueron noticiados por los indígenas de la existencia de otro gran lago. Estete y los suyos, desde una eminencia, lograron divisarlo. Esa vasta masa de agua que se columbraba lejanamente era el Océano Atlántico.

El historiador Oviedo, apasionado detractor de Pedrarias Dávila y de sus capitanes y privados, pinta con abominables perfiles a Martín de Estete. "Criado —dice— muy acepto de Pedrarias, hombre no tan hábil en la milicia cuanto desdichado y flojo en la capitania, pero despierto en astucias y cautelas". "Capitán —agrega— que sabía más de amotinarse y revolver que no de la guerra y ejercitarla".

Vuelto Estete a la ciudad de León después de su descubrimiento —que lo hace el más lejano precursor de la comunicación acuática entre los Océanos Atlántico y Pacífico— obtuvo de Pedrarias la merced de una nueva empresa hacia el interior del territorio, penetrando hasta las fronteras de la provincia de Guatemala.

En el entretanto, el Rey de España había designado gobernador del Darién a Lope de Sosa. Ante la imprevista nueva, el Ayuntamiento y los vecinos de Panamá se opusieron a que Pedrarias viajase a Castilla a reclamar sus derechos y a hacer valer sus servicios. Martín de Estete, en nombre y voz de los pobladores, dijo: "Que le tenía en merced los trabajos que Pedrarias quería tomar en ir por ellos a Castilla; pero, que habiendo pensado y conferido mucho entre sí acerca de su camino, hallaban que de su ausencia se recrecerían muchos inconvenientes. El primero, la falta que haría en la pacificación de aquellas tierras. El otro, que sin duda con su ausencia se habían de seguir pendencias entre ellos, especialmente quedando el Licenciado Espinosa en la Mar del Sur con mucha gente de guerra, de quien se presumía que quería mandarlos a todos con mayor imperio que solía, y que no lo habían de sufrir. Lo tercero, que era Pedrarias quien gobernaba las cosas de la guerra y daba las comisiones a los capitanes y faltando él quedaban como cuerpo sin espíritu". Ante la insistencia del vecindario, Pedrarias aceptó quedar en Tierra Firme, y allí permaneció como Gobernador de Nicaragua.

#### *Hacia las áureas y ensoñadas tierras del Perú.*

Una cálida y transparente mañana del mes de Enero de 1534, ante la contenida desaprobación de las autoridades reales, partía del puerto de la Posesión, en Nicaragua, una poderosa flota, compuesta por doce naves y tripulada por quinientos soldados españoles, que, tendiendo sus velas hacia el poniente, iba, al decir de su caudillo, a las islas de la China y las Molucas en pos de las remotas tierras de la canela y las especias. La pimienta, el clavo, la nuez moscada, el jengibre, el alcanfor, el sándalo y los demás productos aromáticos de las regiones asiáticas orientales, que hicieron la riqueza de Constantinopla y de Venecia y que marcaron la rivalidad marítima entre España y Portugal, sazonzaban la carne que alimentaba a la Europa Meridional, condimentaban las comidas y los vinos y cervezas, servían de preciadas panaceas y medicinas y, con sus fuertes olores, atemperaban la atmósfera mal oliente de las ciudades medievales. El descubrimiento del Nuevo Mundo por Colón se debió a la anhelosa búsqueda del oro y las especias.

Dos meses después de la partida, la expedición, forzada aparentemente por los vientos contrarios y las caprichosas corrientes, que variaron la derrota, llegaba a la bahía de Caraques, cerca de Puerto Viejo, en el reino indígena de Quito, donde, como postrera resistencia, enfrentaba a los dominadores blancos el bravo y cruel general Rumiñahui. Era la expedición de Don Pedro de Alvarado, conquistador de Méjico y de Guatemala, que al amparo de vaga capitulación para descubrir ignotas regiones, invadía la jurisdicción de Francisco Pizarro con el encubierto propósito de adueñarse de la tierra y obtener sus presuntos tesoros.

Formaba parte de la expedición Martín de Estete, a quien acom-

pañaba su mujer Doña María de Escobar. Muerto Pedrarias hacía cuatro años, Estete resolvió abandonar las regiones de Centro América y seguir la incierta suerte de Alvarado. El Perú, hacia cuyos lugares evidentemente se dirigían, le atraía, como a todos los aventureros, con sus maravillosas leyendas y sus riquezas de prodigio. Le abonaba en su nueva empresa su vieja y estrecha amistad con Pizarro y con Almagro, que habían financiado el descubrimiento del *Estrecho Dudoso*. En el conquistado Imperio de los Incas estaba su hermano Miguel de Estete, que había participado señaladamente en la audaz jornada de Cajamarca y en la captura de Atahualpa y realizado, como soldado de caballería y como cronista, la arriesgada hazaña de visitar el santuario de Pachacámac y, revolviendo por la fragosa sierra, de traer prisionero al general Calchímac.

Alvarado y su tropa, desde Puerto Viejo, iniciaron la atrevida marcha adentrándose en la tierra enigmática. Después de atravesar llanos que parecían inacabables y de perder a los guías indígenas, la sequía comenzó a diezmarlos. Prosiguió luego la fatigosa ascensión por las altas y nevadas sierras, mientras el volcán Cotopaxi, el más activo y terrible de América, en una de sus periódicas erupciones, coronado de fuego, lanzaba sus lavas y cenizas y empavorecía el espacio con sus truenos infernales. La hueste, aterida y famélica, llegó al fin a los puertos nevados, de donde, loando a Dios, columbró los risueños valles de Ríobamba.

En la terrible marcha, luchando con los elementos naturales desencadenados, perecieron más de cien españoles y como dos mil indios de servicio. Los que quedaban rezagados por el hambre y la fatiga, eran abandonados por sus compañeros y servían de pasto a las aves de rapiña. Algunos soldados se extinguieron de inanición, sobre sus cabalgaduras. Aquel que detenía el paso, moría helado. Cinco mujeres castellanas rindieron la vida sobre la ríspida sierra. La nieve enceguecía y mutilaba a la caravana de espectros. Pedro de Guzmán y su mujer, una valenciana que se decía Doña Francisca Valterra, acabaron congelados. Uno de aquellos trágicos días la infeliz esposa de un soldado nombrado Huelmo se detuvo, exhausta, con sus dos tiernas hijas, sobre la ruta inhospitalaria. Huelmo, sin fuerzas para socorrerlas, aunque sí para continuar la marcha, prefirió quedar con ellas y todos cuatro, en blanco haz que apretujó la nieve, rindieron el ánimo. Una de las pocas mujeres sobrevivientes de la expedición fué Doña María de Escobar.

Al descender Alvarado hacia las verdes llanuras de Ríobamba grande fué su sorpresa al hallar huellas de herraduras, lo que indicaba, inequívocamente, que antes que él otros españoles habían estado en la región. En efecto, Sebastián de Belarcázar y Diego de Almagro habían llegado hasta el reino de Quito y fundado, en señal de posesión, las ciudades de Santiago y San Francisco.

Enfrentadas las fuerzas de Alvarado y las de Belarcázar y Almagro, el detentador envió como emisario a Martín de Estete a entablar con-

ciertos o a disputar el territorio por la fuerza de las armas. Pero el ávido interés que deslumbró a los recién llegados y las reflexiones apaciguadoras de prudentes capitanes evitaron la refriega y se iniciaron negociaciones entre los adversarios. Alvarado convino en ceder sus naves, sus tropas, sus pertrechos y fardajes a cambio del pago de cien mil castellanos de buen oro. El brillante conquistador de México y de Guatemala quedaba así vencido por Almagro, el expósito que adoptó, a falta de alguno, el nombre de su ciudad natal, y por Pizarro y Belarcázar, que por haber, el uno, perdido un cerdo y muerto, el otro, un asno, de los que en su mocedad arreaban en su tierra, hallaron, fugitivos, el resonante camino de las Indias.

### *En el Señorío del Gran Chimú.*

Diego de Almagro y Don Pedro de Alvarado, seguidos de cerca de trescientos españoles, se dirigen a entrevistarse con Pizarro para la paga de los cien mil pesos de oro del concierto. Atraviesan los bosques ecuatoriales, llegan a San Miguel de Piura y por el largo sendero de los llanos cruzan el desierto de Olmos y los fecundos valles que a manera de oasis contenían poblaciones abundantes y prósperas.

Los llanos o la costa del Perú tienen características y singularidades propias. Tras la selva ecuatorial, que alinda con el mar, de súbito, a partir de Tumbes, la costa, por centenares de leguas, es un enorme desierto de candentes y movedizas arenas sobre cuya eterna sed nunca cae la lluvia. El clima se atempera con las brisas marinas que enfría la corriente del mar. Al fondo de los llanos, como un estupendo y gigantesco telón de fondo, la cadena occidental de los Andes eleva sus flancos. Algunos ríos, de no abundante o escaso caudal, que en el *divortium-aquarum* lograron sustraerse a la atracción de la selva, labrando cauces por las abras o quebradas de los cerros, avanzan a la costa a perder en el mar su menguado tributo. Las arenas que riegan esos ríos y los terrenos aluviales circundantes se convierten en los verdes y risueños valles de los llanos, donde se agrupan las poblaciones y se forman las huertas, los sembrados y las estancias.

En el largo caminar, apareció a la vista de los soldados castellanos el extenso valle del Chicama y luego inmediatamente el que era asiento del poderoso régulo de la región. En esas tierras, antes de ser sojuzgadas por los Incas, había florecido una civilización compuesta de razas artistas y agricultoras cuyas remotas leyendas, envueltas en los mitos primitivos, las hacían originarias de distantes comarcas situadas más allá de los mares. Estaban los españoles en el rico y florido Señorío del Gran Chimú, sobre el que habían campeado, sucesivamente, extrañas generaciones de enanos y gigantes.

Los mochicas, pertenecientes a los yungas o habitantes de las tierras calientes, habían formado, por expansiones guerreras o infiltraciones

pacíficas, un vasto señorío que se extendía desde Pativilca hasta Chicama y comprendía, entre otros valles, los de Huarmey, Santa y Guañape. Para el cultivo habían trazado, derivándolos de los ríos, ingeniosos canales y acequias de irrigación. Demorando su influencia hasta la vecina sierra, poseían abundante oro y plata que utilizaban suntuariamente o que escondían con fines de liturgia funeraria en sus numerosas huacas o enterramientos. Adoraban al mar, por donde llegaron, a la luna y al sol y a un genio que escondido en las alas impalpables del viento ponía musicalidad en el paisaje o hacía presente sus iras en los remolinos del desierto. Había lugares en el señorío que estaban regidos por bellas mujeres indígenas, llamadas *capuyanas*, que ejercían gobierno y administraban justicia, con suavidad y blandura. Por una de ellas, en el descubrimiento de las costas del Perú, había enloquecido de amor el galán y presumido soldado español Pedro Alcón. Características fueron siempre las de esas tierras la hermosura de sus mujeres y la noble hospitalidad y liberalidad de sus habitantes. Cuenta Fray Reginaldo de Lizárraga, que recorrió la región por el año de 1560, queriendo encarecer la caridad de sus gentes para con los pasajeros, que durante muchos años, en Trujillo, no hubo posadas ni mesones públicos.

El Señorío del Chimú, tras largas y cruentas guerras, fué sojuzgado, hacia la segunda mitad del siglo XV, por el Inca Pachacútec, dominador de los llanos. Túpac Inca, hijo predilecto del monarca, alistó un fuerte ejército que estrelló vanamente contra las aguerridas huestes mochicas. Reforzado con contingentes de refresco y conquistado que hubo algunos valles, concertó paces con el régulo Chimú Canchi, quien sólo en calidad de tributario y con los honores a que le daba derecho su porfiada resistencia, se avino finalmente a someterse al invencible soberano del Cuzco. Los Incas aliaron sus linajes con los príncipes nativos e iniciaron su lenta obra de sometimiento y absorción, que esos yungas hallaron tolerable por los beneficios de paz y de trabajo que les supusieron.

El valle del Chimú, centro de la faustuosa corte indígena, era un próspero vergel circundado de chácaras y huertas, con sus montes de molles, magueyes y algarrobos y sus tupidos chilcales. Plantas que en lengua nativa o en idioma castellano se conocen con los nombres de romero, salvias, verbenas, angusachas, achiras, altamisas y arrayanes, poseían magníficas virtudes curativas. Las frutas no eran menos abundantes a la vez que sabrosas: la chirimoya, tenida como el fruto más delicado de América; la palta, nutritiva manteca vegetal que aunque nunca acomodó al recién llegado, fué a poco objeto de su más cara predilección; la lúcuma, áurea y cálida; las huabas o pacaes, verdes estuches de blancos y perfumados algodones; los tumbos y las cerezas de la tierra, refrescantes en la ardentía del desierto. En la fauna de la región, las garzas flamencas, los patos reales y las gallinetas coronadas ponían notas de color y gracia en las lagunas y sembrados. Bandadas rumorosas de bandurrias, torcaces, gorriones, jilgueros, chiscos y chirotes alegraban con sus

cantos y sus trinos la cotidiana labor del agro. En las cercanas costas los peces más exquisitos, corbinas, salmonetes, lenguados y trambojos y los regalados congrios y peje-sapos, daban fácil y sustancioso alimento a los moradores y servían de temas totémicos estilizados en sus mitos ancestrales.

La lucida y férrea tropa castellana, dominadora de los hombres y los elementos, hizo un alto al pie del valle prodigioso y resolvió afincarse en él para, sobre solares imperecederos, formar una ciudad, alivio de caminantes en la dilatada gobernación de la Nueva Castilla.

#### *La pre-fundación de la villa de Trujillo.*

Señalado el lugar, en el punto llamado Chanchán, para fundar una nueva población española, Diego de Almagro designó teniente de gobernador y justicia mayor de la comarca chimú a Martín de Estete, con la facultad de trazar la población y de nombrar su primer y provisional cabildo municipal. Quedó resuelto que la villa se llamase Trujillo, en recuerdo y homenaje a la ciudad natal, en Extremadura, de Francisco Pizarro.

Estete, con no menos de cincuenta españoles, por uno de los últimos meses de 1534, se asentó en la región. Primera mujer pobladora de la villa fué su mujer Doña María de Escobar, que ostentaba entonces la madura lozanía de sus treinta y seis años y a quien incorporamos a la historia como primera fundadora de Trujillo. Consta que Estete acometió los esbozos preliminares de la población y que designó las autoridades municipales, cuyos nombramientos fueron aprobados.

Al comenzar el año 1535 Pizarro se dirigió hacia el valle del Chimú para realizar la solemne fundación de la villa, que se verificó, con las ceremonias usuales, el día 5 de Marzo. Mantuvo en la autoridad de teniente de gobernador a Estete y designó el cabildo del año que comenzaba:

“Como padrón de su famosa cuna,  
de la ilustre Trujillo por memoria,  
(Ciudad a quien apenas habrá alguna  
que pueda competir su eterna gloria).  
En la planta que más juzgó oportuna,  
otra erige, del tiempo alta victoria;  
pues sólo al que el modelo dió tal nombre,  
copia le pudo hacer de tal renombre”.

(Pedro Peralta, *Lima Fundada*).

Primeros Alcaldes de la población, en 1534, fueron Rodrigo Lozano y el Capitán Blas de Atienza. De Lozano y de su actuación en la conquista del Perú poco se sabía hasta que Raúl Porras Barrenechea escribió su biografía. Según ella, debió nacer en España hacia el año 1505.

Jiménez de la Espada afirma que fué natural de Salvatierra de Badajoz e hijo de Gonzalo Pérez Lozano y de María Méndez. Actuó primeramente en Nicaragua. Fué con Francisco Hernández de Córdoba hacia Guatemala donde se batió valientemente saliendo herido en una pierna. Por aquella época solía pasar los ríos a nado, tomar atalayas y en el pueblo de Tukulúa recibió un flechazo porque en el ardor de la lucha se apeó del caballo y arengando a sus compañeros se metió con espada y adarga entre los indios. Fué poblador de Panamá y en Natá tuvo repartimiento de indios. Después de haber actuado en la conquista de Nicaragua decidió pasar al Perú acompañando a Hernando de Soto, con quien llegó a la isla de la Puná. Siguió con Pizarro hasta la ciudad de San Miguel, a cuya fundación debió asistir. Allí obtuvo permiso para regresar a Nicaragua a buscar a su mujer e hijos, lo que le privó de actuar en Cajamarca y de participar en el botín de Atahualpa. Luego regresó a San Miguel, de cuyo Cabildo fué regidor en 1534. Acompañó a Almagro a Quito y participó en los tratos con Don Pedro de Alvarado. De regreso de Quito, quedó en el valle del Chimú para iniciar con Estete la formación de la nueva villa de Trujillo, de cuyo Ayuntamiento fué regidor perpetuo. Recibió en encomienda los indios de Guañape y Chío. Producido el alzamiento del Inca Manco II, se embarcó con su familia para el Istmo de Panamá, por lo que Pizarro le quitó sus indios y se los dió a Melchor Verdugo. Vuelto a Trujillo, recupera sus tierras que Pizarro se las da recordando su antigua amistad en Tierra Firme. Recibe en encomienda al cacique Huamán. A la llegada de la Gasca parte con Diego de Mora, Blas de Atienza, Rodrigo de Paz, Francisco de Fuentes, Lorenzo de Ulloa y otros vecinos de Trujillo a unirse a los leales al Rey. El Contador Agustín de Zárate en su *Historia del descubrimiento y conquista del Perú*, declara que la principal relación de su libro, en cuanto al descubrimiento de la tierra, se tomó de Rodrigo Lozano, vecino de Trujillo.

Blas de Atienza, el otro primer Alcalde de Trujillo, fué ilustre guerrero en Tierra Firme. Militó en el Darién a órdenes de Vasco Núñez de Balboa y fué con él en la expedición destinada a descubrir el Mar del Sur. Balboa después de divisar desde lo lejos el océano, despachó tres comisiones, dirigidas por Francisco Pizarro, Juan de Escaray y Alonso Martín de Don Benito. Esta última, en la que iba Atienza, tuvo la fortuna de ser la primera en llegar al mar, por haberle tocado el camino más corto. Alonso Martín halló canoas en la playa, dejadas allí por los naturales, y, echando una al agua, se lanzó a la vasta masa marina exclamando con voces estentóreas que era el primer español que surcaba la Mar del Sur. Siguióle Atienza en otra canoa, proclamando que él adquiriría la gloria de ser el segundo. Cuando Pizarro vino a la conquista del Perú, le acompañó Atienza con el cargo de contador de la expedición. Según la discutida narración de Garcilaso, fué uno de los doce españoles que se atrevieron a protestar contra la sentencia y suplicio del Inca Atahualpa. Estuvo después con Almagro en Quito, por quien firmó en las

actas de fundación de las ciudades de Santiago y de San Francisco. Vecino ya de Trujillo y dueño de la valiosa encomienda de indios de Collique, en Saña, parece que fué él quien primero sembró la caña de azúcar, siguiendo la huella de su deudo Pedro de Atienza, que la introdujo en América. Hija suya, nacida en Trujillo, fué la bella y desventurada Inés de Atienza, viuda de Pedro de Arcos y romancesca compañera de Ursúa en el descubrimiento del río Amazonas, asesinada cruelmente por el feroz tirano Lope de Aguirre. De Doña Inés de Atienza dice un historiador de la época que era "la más bella dama que en Perú quedaba, a dichos de cuantos la conocieron". Y Juan de Castellanos, en sus *Elegías de Varones Ilustres de Indias*, agrega:

"La bella Doña Inés era la dama  
que tuvo con razón nombre de bella,  
si fuera con resguardo de la fama  
que debe resguardar toda doncella.  
A quien el buen Ursúa mucho ama,  
siendo no menos él amado della;  
y como bien querer importunase,  
acabare con él que la llevase".

Dícese, aunque ello es muy discutible, que los Regidores del primer Ayuntamiento de Trujillo fueron Alonso de Alvarado, Vitores de Alvarado, García de Contreras, Diego Verdejo, Pedro Mato, Pedro de Villafranca y Diego de Vega. Los Alvarados eran deudos del conquistador de Guatemala Don Pedro de Alvarado, y uno de ellos, el nombrado Alonso, alcanzó el grado militar de Mariscal y tuvo intensa y prominente actuación en las guerras civiles del Perú, señalándose siempre por su obstinado orgullo y su inquebrantable lealtad al Rey. Lo que sí podemos afirmar es que al paso de Almagro por Trujillo quedaron con Martín de Estete, para poblar la futura villa, los siguientes españoles: Cristóbal Barba, Cristóbal Barrientos, Hernando de Chaves, el clérigo Diego Fernández, Francisco Hernández de los Palacios, García Holguín, Diego Verdejo, Pedro de Villafranca y Lorenzo de Ulloa.

Cristóbal Barba pasó de España a la provincia de Cartagena de Indias, en cuya conquista estuvo varios años. Siguió al Perú, quedándose en Trujillo, como se ha dicho. A poco marchó con Almagro al descubrimiento de Chile y de regreso al Cuzco siguió a Buenaventura, Río San Juan, Barbacoas y Bahía de San Mateo. Partidario del Virrey Núñez de Vela, Gonzalo Pizarro lo capturó e hizo conducir a Panamá. Después de servir al Licenciado la Gasca, en 1562 residía en la ciudad de la Plata.

Francisco Hernández de los Palacios llegó al Perú en el año 1534, estuvo con Almagro en la segunda fundación de la ciudad de Piura y realizó allí con el Capitán Juan de Soto una expedición en castigo de unos negros cimarrones. Quedó en Trujillo con Estete y con él paso a la provincia de Cinto a combatir a ciertos indios sublevados. Luego de acom-

pañar a Almagro a Chile pasó a Quito, hallándose en la pacificación de los indios Pastos. Actuó contra Gonzalo Pizarro y contra Francisco Hernández Girón. En 1561 residía en Lima, donde el Virrey Conde de Nieva le señaló 600 pesos de renta, la que le fué ratificada por el Virrey Toledo. Acompañó a Núñez de Vela en Añaquito y a la Gasca en Jaquijahuana. Fué alguacil mayor de la ciudad de Quito, en la época de la sublevación de Hernández Girón, y Corregidor de Piura.

Diego de Vega, llegado a Jauja en 1534, fué el primero que trajo la noticia de la invasión de Don Pedro de Alvarado.

Otros de los iniciales y señalados pobladores y vecinos de Trujillo fueron Melchor Verdugo, García Holguín, Diego de Mora, Juan Roldán de Avila y Lope Ortiz de Aguilera. Verdugo, participante en la captura de Atahualpa, recibió valiosos depósitos de indios en Cajamarca y en el valle del Chimú. Había nacido en Avila, Castilla, y vino al Perú con la tercera expedición descubridora de Pizarro. En la rebelión de Gonzalo Pizarro cúpole significativa actuación, pues como amigo y coterráneo del Virrey Núñez de Vela, levantó en Trujillo bandera por el Rey. Fracásados sus propósitos, en desatinada aventura se embarcó en un galeón con treinta y tres hombres y, corriendo la costa y hostilizándola, llegó hasta Nicaragua. Perseguido por el Capitán Alonso Palomino hubo de abandonar la nave y pasar al Atlántico por el desagadero del río Nicaragua. Continuando sus locas correrías por el Mar Caribe, se apoderó de otro barco y tomó posesión de la ciudad de Nombre de Dios, que luego tuvo que dejar. Ya antes, cuando las alteraciones de Almagro el Mozo, Verdugo levantó una fortaleza en Cajamarca y con cuarenta hombres esperó a los adversarios, que nunca llegaron. Ducho en las artes de la dádiva y el soborno, obsequió al Virrey Don Andrés Hurtado de Mendoza, Marqués de Cañete, a su paso por Trujillo, una linda yegua blanca llamada *La Perla*, un negro de servicio y un toldo muy rico de *cumbi*, que valdría todo mil pesos de oro. Don Felipe de Mendoza, hijo del virrey, posó con sus criados, en el mismo Trujillo, en casa de Verdugo, siendo sostenido durante más de un mes. Al nombrado Don Felipe y a su hermano Don García, que años después fué también virrey del Perú, hizo magníficos presentes y agasajos, con lo que consiguió ganar el pleito que sobre una encomienda de indios tenía con García Holguín. Verdugo fué casado con la hermosa y opulenta Doña Jordana Mejía, una de las primeras y principales vecinas de Trujillo, que realizó segundo matrimonio con el Caballero de la Orden de Alcántara Don Alvaro de Mendoza y Carbajal, Gobernador de Popayán y Ancerma, en el Nuevo Reino de Granada.

García Holguín, que llegó como piloto en la flota de Pedro de Alvarado, estuvo con Hernán Cortés en el famoso sitio de México. Cupo a este fundador de Trujillo el suceso más extraordinario y hazañoso de la conquista del Imperio Azteca. El Capitán Gonzalo de Sandoval había lanzado en la laguna de México tres bergantines con el desesperado pro-

pósito de capturar al Rey Cautémoc o Guatimozín. García Holguín, que era el comandante de uno de los barcos, el más suelto y velero, logró alcanzar y hacer prisionero al valiente monarca indio y a sus principales capitanes, "en trece de Agosto, a hora de vísperas, en día de Señor San Hipólito, año de mil quinientos y veintíun años, gracias a Dios Nuestro Señor Jesucristo y a Nuestra Señora la Virgen María". García Holguín era natural de Cáceres, en España, obtuvo las ricas encomiendas de Santa y Huambacho y fué teniente de gobernador en Trujillo en el año 1536 a la muerte de Martín de Estete. A García Holguín se le ha confundido con otro afamado capitán de la época, Perálvarez de Holguín; pero consta que éste murió en la batalla de Chupas, y que nuestro héroe, a quien individualizamos y reivindicamos, hizo distribución de encomiendas en el valle del Chimú y alcanzó a vivir hasta la larga edad de los ochenta años.

Diego de Mora, cuya biografía es conocida, encomendero del valle de Chicama, fué el primero que hizo ingenio de azúcar en el Perú y el primero que para el trato y comercio de su mercancía formó bodega en el puerto del Callao.

Vecinos inmediatamente posteriores de Trujillo fueron Juan de Bararán, soldado de Cajamarca y fiel amigo de Francisco Pizarro, que obtuvo el repartimiento de Lambayeque; el Capitán Francisco de Fuentes, primer encomendero de Payján, cuya hija Juana de Fuentes casó con Lorenzo de Cepeda, hermano de Santa Teresa de Jesús; y el Capitán Alonso Félix de Morales, que militó en el Darién, participó en Cajamarca y a quien se adjudicó el pueblo de Saña. Como Lima, el Cuzco y Arequipa, Trujillo también contó entre sus primeros vecinos a un soldado de los 13 gloriosos de la Isla del Gallo: a Domingo de Soraluze.

La villa de Trujillo, elevada dos años después a ciudad, debió así su nacimiento a Martín de Estete y a su esposa Doña María de Escobar, que fueron sus más remotos pobladores, los que echaron sus cimientos fundamentales, dictaron las iniciales medidas de gobierno y organización civil y afirmaron la perennidad de aquel noble solar formado con la sangre de ilustres capitanes extremeños y castellanos viejos libres de morería.

### *El prodigioso tesoro de la Huaca del Sol.*

En el valle del Chimú, para sus sepulturas y ritos funerarios, los príncipes y dignidades indígenas construían huacas, o montículos a modo de hipogeos, sobre templos y palacios, en los que guardaban ricos tesoros. Hasta hoy son conocidas, y han sido objeto de ávidas excavaciones y valiosos hallazgos, las huacas de la *Concha*, de la *Misa*, *del Obispo*, la *del Peje Chico* o de *Toledo*, y lueña y persistente tradición afirma que en sitio todavía desconocido se halla la *del Peje Grande*, que supera a todas en maravilla.

En el año 1535 el siempre afortunado Miguel de Estete, por noticia

secretada de un cacique de la región, encontró el Templo del Sol, construido según la leyenda en tres días por doscientos mil indios, del que extrajo un gran tesoro de piedras preciosas, oro y plata, que avaluaron sus contemporáneos en cien mil pesos, y una gran silla de oro macizo, ornada de perlas, reliquia real que fragmentó para convertirla en barras fundidas de valor circulante.

A poco del feliz hallazgo de Estete llegó al Perú el Obispo Tomás de Berlanga a delimitar las gobernaciones de Pizarro y de Almagro, o sean la Nueva Castilla y la Nueva Toledo, y a hacer ciertas pesquisas sobre la obtención de los quintos correspondientes a la corona real. Uno de los capítulos de la pesquisa inquiriere a Pizarro sobre el descubrimiento de la mezquita hecho por el Teniente de Gobernador de Trujillo Martín de Estete, cuyo tesoro fué ocultado para liberarlo de las participaciones oficiales. "Mucho atrevimiento —dice el Obispo— fué el de Estete de haber deshecho, como deshizo, la silla de oro y perlas, por ser pieza tan señalada, antes que los Oficiales del Rey la vieran, porque fuera bueno que tal pieza como aquella se tomara para Su Majestad, porque era pieza que viéndola los embajadores ó personas de otros reinos estimaran mucho más a esta tierra, demás de que dicen algunos que tenía otras piedras de valor". Pizarro, con sus cautelas y evasivas, respondió al buen Obispo —que hubo de marcharse, mohino y desairado, a su diócesis de Guatemala— que sobre sus dichos y particulares se harían adecuadas informaciones y cuanto más conviniera al servicio de Su Majestad.

La huaca *del Peje-Chico* que en el año 1537, a indicación de otro cacique, descubriera García Gutiérrez de Toledo, produjo sólo por razón de quintos al Rey más de cien mil castellanos de oro. De otra huaca menor, llamada *la Tasca*, extrajo un Escobar Corchuelo más de seiscientos mil pesos. Cierta español, según Llano Zapata, encontró un sepulcro de plata que vendió en cincuenta mil castellanos de oro. "Pero —comenta Fray Reginaldo de Lizárraga—, "no sé qué tenía aquella plata, que ninguno la gozó: fuéseles como el humo".

El nombrado historiador Oviedo que, implacable, siguió las huellas de Estete, dice de él que: "fuése al Perú, donde fué muy rico, y al tiempo que más tuvo de esos bienes de fortuna, fué á dar cuenta de sus obras á la otra vida, dejando a su mujer, Doña María de Escobar, cargada de oro y plata y joyas". "Así —añade— que este fin tuvo Estete y sus dinerós, que según he oído afirmar á personas de crédito, eran más de cuarenta mil pesos en oro y plata lo que dejó cuando abandonó esta vida y pasó á la otra, donde está. Plegue á Dios que esté á salvo de las penas infernales".

#### *Muerte de Estete y segundo matrimonio de Doña María de Escobar.*

Quiere una generalizada y arcaica leyenda popular que los profanadores de tumbas regias mueran sin gozar de los tesoros encontrados.

Los antiguos peruanos llamaban *umpe* a la enfermedad, ineluctable, que se apoderaba de tales profanadores y que los hacía morir por anonadamiento o consunción.

Martín de Estete falleció a poco de su feliz hallazgo de la mezquita. Doña María de Escobar abandonó entonces la villa de Trujillo, en 1536, y se avecindó en la naciente Ciudad de los Reyes o de Lima. Luego, a los cuarenta años de su edad, contrajo segundo y proporcionado matrimonio con el Capitán Francisco de Chaves, hidalgo oriundo, como Francisco Pizarro, de la ciudad de Trujillo de Extremadura. En el año 1520 pasó a la Nueva España o México y en 1524 acompañó a Don Pedro de Alvarado en la fundación de Santiago de Guatemala, donde se asentó como vecino y recibió solar para su casa. Asistió luego, con Diego de Mazariego, a la fundación de Villa Real de Chiapa, de cuyo primer Cabildo fué regidor. Estando en San Miguel de Piura, en 1536, fué llamado por Pizarro para que lo auxiliase en la defensa de Lima, que había sido sitiada por las huestes de Manco II. Su acción en esa oportunidad fué principal y valerosa. Amigo y favorito de Pizarro, fué Teniente de Gobernador de la Ciudad de los Reyes entre los años 1537 y 1539. Existe una carta de Chaves al Rey de España en la que pide que le sean devueltos a su mujer Doña María de Escobar los tesoros hallados por Martín de Estete en Trujillo, en atención a los buenos servicios prestados por aquél y por el propio peticionario, dinero de los que se descontarían los quintos pertenecientes a la corona.

Establecida en Lima Doña María de Escobar, fué desde los primeros años de la ciudad una de las vecinas principales y más acaudaladas. El cronista contemporáneo Zárate dice que era Francisco de Chaves el segundo hombre en cuanto a importancia, después de Francisco Pizarro. Las casas que habitaba Doña María —casas algo fuertes, dice otro cronista— estaban situadas frente al Convento de Santo Domingo, en la plazuela, todavía subsistente, que durante dilatados años se llamó Plaza de Doña María de Escobar. Huerta de Doña María de Escobar se denominó en el siglo XVI la que poseyó en el área de terreno donde estuvo luego el Colegio de San Martín, huerta que fué urbanizada.

Las damas más connotadas de Lima por los años de 1537 a 1541 —que corresponden a los del matrimonio de Doña María de Escobar con el Capitán Francisco de Chaves— eran ella, Doña Elvira Dávalos, Doña Inés Muñoz, Doña Luisa de Garay, Doña Francisca Jiménez, Doña Inés Bravo de Lagunas y Doña María de Lezcano, esposas, respectivamente, de Chaves, y de los conquistadores Nicolás de Ribera el Viejo, Francisco Martín de Alcántara, Diego de Agüero, Sebastián de Torres, Nicolás de Ribera el Mozo y Juan de Barbarán. Compusieron esas damas nuestra primera sociedad criolla. Dentro de su espectable situación, Doña María de Escobar fué madrina de bautismo de varios de los primeros y principales vástagos limeños, entre ellos de Martín de Ampuero,

ilustre mestizo, hijo de Francisco de Ampuero y de Doña Inés Huaylas Yupanqui, nieta del Inca Huayna Cápac.

Algunas noticias asignan a Doña María de Escobar el preciado privilegio de haber sido la primera introductora del trigo en el Perú. En recuerdo de ella existe actualmente una variedad de trigo, muy fuerte y resistente, que lleva su nombre. Otros cronistas atribuyen ese privilegio a Doña Inés Muñoz y alguien lo refiere a la morisca Beatriz, que —dícese— asistió a la jornada de Cajamarca y captura de Atahualpa. Lo cierto es que fueron las primeras mujeres españolas vecinas de Lima las que en sus huertas y heredades iniciaron y propagaron los cultivos de distintas plantas traídas de Castilla.

El día 26 de junio de 1541 los partidarios de Almagro el Mozo, capitaneados por Juan de Herrada, asaltaban la casa del Gobernador Francisco Pizarro. Este, con un grupo de amigos, se hallaba de sobremesa. A los voces dadas por los criados de que los *de Chile* venían a matar al Marqués, Francisco de Chaves fué enviado a cerrar una puerta a fin de detener a los asaltantes y de permitir la defensa. La actitud de Chaves en ese momento resulta discutible dentro de las versiones existentes sobre el asesinato de Pizarro. Parece o que no cumplió con cerrar aquella puerta o que antes bien la abrió y que trató de entablar conversaciones con los conjurados. Al verse atacado, dícese que profirió estas palabras: “¿A los amigos también?”. El conjurado Arbolancha asestó mortal estocada a Francisco de Chaves, cuyo cuerpo rodó por las escaleras que conducían a la recámara de Pizarro. Así quedó viuda por segunda vez Doña María de Escobar.

*Doña María de Escobar coautora de la rebelión contra el primer Virrey del Perú.*

El año de 1544 entraba a Lima el primer Virrey del Perú, Blasco Núñez de Vela, ante la consternación de los habitantes de la ciudad. Hombre díscolo y obstinado, el virrey llegaba con el resuelto propósito de hacer cumplir las nuevas leyes dictadas por el Emperador Carlos V en favor de los indios. Disponían ellas que los indígenas serían libres, que estaba prohibido aprovechar sin paga de su trabajo, que los españoles encomenderos de indios que hubiesen participado en las guerras civiles entre Pizarro y Almagro quedaban de hecho desposeídos de sus encomiendas. Esta última disposición venía a comprender a la mayoría de los señores feudatarios del Perú.

La agitación en Lima y en el Cuzco fué ostensible. El Cabildo de esta última ciudad designó por procurador de los encomenderos a Gonzalo Pizarro, cuya figura y espíritu liberal eran muy populares. Cuando a poco de la llegada del virrey se presentaron también en Lima los jueces de la primera Real Audiencia nombrada para el Perú —que ya desde Panamá estaban en pugna con Núñez Vela— los vecinos feuda-

tarios se les unieron. Entre los oidores se contaba el Licenciado Diego Cepeda, abogado versado y astuto, espíritu intrigante y audaz, que hecho amigo muy allegado del connotado vecino Pedro de Ysásaga, fué a habitar a la casa de Doña María de Escobar. Parece que por ese instante Doña María no vivía ya en la plazuela de Santo Domingo, es decir, en el predio que fué de propiedad de Francisco de Chaves. El historiador Rafael Loredó es de opinión que moraba entonces en casas situadas en el barrio donde se situó después la Compañía de Jesús. Lo cierto es que fué en la residencia de Doña María de Escobar, en Santo Domingo o en San Pedro, donde se hizo el centro de la conjuración de los oidores contra el virrey. Una madrugada un grupo de soldados, a favor de la Audiencia, seguido del populacho y aclamado por las mujeres de Lima, asaltaba el palacio del gobierno y, en lucha incruenta, Núñez Vela era hecho prisionero y trasladado, para su debido resguardo, a las "casas fuertes" de Doña María de Escobar, inspiradora y coautora de la rebelión.

#### *Doña María de Escobar "La Romana".*

Embarcado el virrey con destino a España, la Audiencia, bajo la presidencia del Licenciado Cepeda, asumió el gobierno provisional del país y suspendió las nuevas ordenanzas reales. Envió luego un mensaje a Gonzalo Pizarro, que se hallaba en Jauja, para que se sometiese a la autoridad de los oidores y disolviese su poderoso ejército. Pero ya el astuto Cepeda había caído bajo la influencia de Doña María de Escobar, que estaba en secretas connivencias y prolija correspondencia con Gonzalo Pizarro. Contestó este caudillo a la Audiencia que la voluntad del pueblo era que él se encargase del gobierno y que si los oidores no le daban desde luego la investidura política suprema entregaría la ciudad de Lima al saqueo. Por anticipado envió desde Pachacámac a su terrible teniente Francisco de Carbajal a apresurar sus deliberaciones con los oidores. Carbajal entró una noche a Lima, tomó presos a varios caballeros adversarios de su jefe y los mandó ahorcar. Estas medidas expeditivas movieron a la Audiencia a enviar un nuevo mensaje a Gonzalo declarando que la seguridad del reino y el bien general exigían que se pusiese en sus manos las riendas del gobierno.

El 28 de octubre de 1544 Gonzalo Pizarro hizo su entrada triunfal a Lima, con gran aparato guerrero, ante el clamoreo y los vítores del pueblo; y los jueces de la Audiencia le tomaron juramento proclamándolo Gobernador y Capitán General del Perú. Delante de Gonzalo Pizarro marchaba el estandarte real de Castilla portado por el Maestre de Campo Don Pedro de Portocarrero.

En el año 1546, en que Gonzalo Pizarro era dueño absoluto del Perú, fué hecha una probanza en Lima contra los actos del Virrey Núñez Vela. En ella declara Doña María de Escobar tener cuarenta años de edad, poco, más o menos (debió decir, con más exactitud, cincuenta años);

que vió entrar a la ciudad al virrey y que vió también cuando le prendieron; que el Licenciado Cepeda solía posar en su casa; y que Gonzalo Pizarro tenía el reino pacífico, por lo que todos le querían y le amaban.

Inspiradora y mentora de la conjuración contra el primer virrey del Perú, Doña María de Escobar siguió luego y abiertamente la causa y la bandera de Gonzalo Pizarro, imponiendo en sus partidarios la influencia y la autoridad que le daban su todavía no marchita belleza, su apreciable fortuna y su alto ascendiente sobre los señores feudatarios del Perú. Mujer de espíritu resuelto, forjado en los extraordinarios sucesos que le tocó vivir, su astucia característica para las luchas y las intrigas de la política le ganaron entre los partidarios de Gonzalo Pizarro el sobrenombre de "La Romana", mote con el que ella se complacía y estimulaba y con el que se la quería equiparar con aquellas mujeres fuertes de la antigüedad clásica.

En 1546, vencido y muerto el Virrey Núñez Vela, Gonzalo Pizarro hizo su segunda entrada triunfal a Lima, aclamado como el libertador del Perú. Las riendas del caballo que montaba eran llevadas por dos capitanes que marchaban a pie. A su lado cabalgaban el Arzobispo de la Ciudad de los Reyes y los Obispos del Cuzco, Quito y Bogotá. Desde los balcones, ventanas y terrados de las casas los caballeros y las damas lo saludaban con estentóreos vivas, y las campanas de las iglesias eran echadas a vuelo. Desde Quito hasta las Charcas y Chile, todo el reino reconocía su autoridad, y por el mar dominaba toda la costa del Pacífico, desde Panamá.

Amigo predilecto Gonzalo Pizarro de Doña María —con quien tenía vínculos de oriundez— a la que en buena parte debía las hazañas de su empresa y la prometida corona real del Perú, la hizo casar, y eran ya sus terceras nupcias, con su favorito Maestre de Campo Don Pedro de Portocarrero. Fué este caballero, de nobilísima estirpe, deudo cercano de aquel otro Don Pedro Portocarrero, conquistador de México, primo del Conde de Medellín, que casó con Doña Leonor Alvarado Jicotenga, hija de Don Pedro de Alvarado y de la noble indígena Luisa Jicotenga, Señora de Tlaxcala. Nuestro Don Pedro de Portocarrero, aquel que en la primera entrada a Lima de Gonzalo Pizarro portó el estandarte real de Castilla — fué fundador y vecino de Guatemala, en 1524, y su Alcalde en 1527. Llegado al Perú y partidario de Francisco Pizarro, asistió a la batalla de las Salinas, en la que Diego de Almagro fué vencido. Asesinado Pizarro, se negó a aceptar la autoridad de Almagro el Mozo y se puso luego a órdenes del Gobernador Vaca de Castro, con quien estuvo en la batalla de Chupas. Siguió, como se ha visto, la bandera de Gonzalo Pizarro para, cuando comenzó a palidecer su antes fulgurante estrella, pasarse a las filas realistas de la Gasca y estar presente en la jornada de Jaquijahuana. Rebelado Francisco Hernández Girón, en 1553, estuvo nuevamente y con cargo militar principal en las filas del rey y actuó en la batalla de Pucara. Derrotado y abandonado Girón, Portoca-

rrero apresó al caudillo rebelde, lo trajo a Lima y lo entregó a la Audiencia, que lo mandó ahorcar.

En carta que la Gasca escribió al Consejo de Indias, en 1548, decía: "Deposité en el Arzobispo de la Ciudad de los Reyes los indios que fueron de María de Escobar, que vacaron por escoger su marido. Don Pedro Portocarrero, el repartimiento que tenían en el Cuzco, el cual, juntamente con el de esta ciudad, sustentaban él y la dicha María de Escobar, después que en principios de estas alteraciones Gonzalo Pizarro los había casado".

El Virrey Don Andrés Hurtado de Mendoza decía en otra carta: "Don Pedro Portocarrero es también de buena casta y ha servido en esta jornada de Francisco Hernández Girón de maestro de campo, y aunque es buen hombre de guerra, no sabe tanto como Pablo de Meneses".

### *Un oasis artificial en el desierto.*

Llegado al Perú el sobredicho Virrey Hurtado de Mendoza, Marqués de Cañete, desembarcó en Paita e inició su lento recorrido por los arenales de la costa, en rumbo a Lima. En Trujillo alcanzó el ostentoso Don Pedro de Portocarrero, que le proporcionó una partida de camellos, montados por negros vestidos a la usanza morisca, para que le condujeran sus efectos y fardajes. Esos camellos, los primeros que se trajeron al Perú con el objeto de que sirvieran en nuestros arenales de bestias de carga, fueron adquiridos a poco de su llegada por Don Pedro de Portocarrero y su mujer Doña María de Escobar en la entonces cuantiosa suma de siete mil pesos. Dichos ambos en las artes de la cortesanía y el halago, obsequiaron en Trujillo a Don García, hijo del virrey, un hermoso caballo avaluado en trescientos pesos; y a Antón Velásquez, maestro sala del Marqués de Cañete, una barra de plata. En el alto que el Virrey hizo en el valle de Guarmey, quejóse a Portocarrero de la fatiga que venía sufriendo a causa de los rigores de los candentes arenales, a lo que éste contestó, con promesa enigmática, que pronto cesarían sus fatigas y que, como un refrigerio para su cuerpo cansado, dentro de poco reposaría en la frescura de un oasis. Estando el virrey a pocas leguas de Chancay, en el punto denominado Pasamayo, que los españoles designaban la Sierra de la Arena, se presentó a los fatigados ojos de los exhaustos viajeros un oasis artificial de verdura en pleno arenal. Arbustos y plantas floridas habían sido colocados junto a grandes toldos bajo cuya sombra se ofrecían a la sed y al hambre de los caminantes, sobre opíparas mesas, jarrones de refrescos, botas de vino de Castilla, frutas peninsulares y muchas y muy fraganciosas viandas. La nieve había sido traída, a lomos de indios, en sólo diez horas, desde las distantes sierras de Huarochirí. Esa sorprendente y munífica fiesta en pleno desierto, preparada y organizada por Doña María de Escobar, fué de la sorpresa y del agrado del virrey.

Don Pedro de Portocarrero y Doña María de Escobar alcanzaron

también los favores del Virrey Conde de Nieva, que les otorgó, en el Cuzco, una nueva encomienda de indios, en los pueblos de Yuta y de Mohina.

### *Muerte y sepultura de Doña María de Escobar.*

En el año 1542, poco tiempo después de la trágica muerte de su segundo marido el Capitán Francisco de Chaves, Doña María de Escobar, por mano de su apoderado Alonso de Hernández, celebró un convenio con el Convento de Nuestra Señora de la Merced, de Lima. Por ese contrato se comprometía Doña María —en cuya familia había habido frailes mercedarios que actuaron en la conquista de Centro América— a construir a su costa la capilla mayor de su iglesia, quedando en cambio dueña del suelo de dicha capilla para que en él pudiera ser enterrada, lo mismo que sus herederos. Reunidos en capítulo, a campana tañida, los frailes de la Merced acordaron la escritura respectiva que: “por razón del suelo de dicha capilla nos déis de limosna para el servicio de esta casa cuatro vacas, para que el monasterio las haya como suyas; y de la manera que dicho es, podáis gozar de la dicha capilla para entrar a misa todas las veces que quisiéreis y para enterraros vos en ella y vuestros herederos y sucesores y las personas que determináreis, y no otra persona alguna”.

En el año 1576 Doña María de Escobar celebraba su testamento ante el escribano Juan García de Nogal, instituyendo en él una capellanía en memoria de su primer marido Martín de Estete y nombrando por sus albaceas a su esposo Don Pedro de Portocarrero y a Diego de Porras. A poco otorgaba su codicilo ante el escribano Alonso de Valencia disponiendo definitivamente de sus cuantiosos bienes y joyas.

El 3 de Diciembre de 1576, a los setenta y ocho años de edad, sin haber tenido descendencia en ninguno de sus tres matrimonios, moría en Lima Doña María de Escobar “La Romana”.

Bajo el altar mayor de nuestra Iglesia de la Merced de Lima reposan, hechos polvo por el tiempo, los restos de esta esforzada mujer española, bella, apasionante y protagonista de extraordinarios destinos.